No. 1 - Abril - 1952

REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Versos Dorados

Pitágoras.

No cierres tus ojos al sueño cuando te acuestes, sin examinar con tu corazón las acciones del día.

¿En qué he faltado?—¿Qué he hecho?—¿Qué he dejado de hacer?—¿Cuándo debí hacerlo?

Comenzando por la primera de tus acciones y continuando con todas las demás.

Si en ese examen ves que has faltado, repréndete severamente, y si has hecho bien, regocíjate de ello.

Pero ten ánimo: la raza de los hombres es divina.

Y por lo que hace a la liberación del alma, discierne lo justo y examina bien todas las cosas, dejándote siempre guiar y conducir por el entendimiento, que viene de arriba y debe tener las riendas.

Farolito

Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia
Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Tel. 124 - Heredia
Administración:
MARIA CRISTINA MARTINEZ
EMMA MORALES
Heredia — Costa Rica

Sumario:

Versos dorados 1
Una vez érase que se era 2
Paquito y Juanita 3
El Cristo Niño 11
Romance de la niña negra 12
¿Cuál fué el origen de la Tierra? 13
Tío Conejo comerciante 15
Los niños hablan 16

ABRIL 1952
NUMERO 1

Maderas: Francisco Amighetti.
Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:
₡ 0.20

Una vez érase que se era...

Ramón Pérez de Ayala

Erase una niña bonita.
La decían todos ternezas
y le hacían dulces halagos.
Tenía la niña una muñeca.
Era la muñeca muy rubia
y su claro nombre Cordelia.
Una vez, érase que se era . . .
La muñeca, claro, no hablaba,
nada decía a la chicuela.
—¿Por qué no hablas como todos
y me dices palabras tiernas?—
La muñeca nada responde.
La niña, enojada, se altera.
Tira la muñeca en el suelo
y la rompe y la pisotea.
Y habla entonces, por un milagro,
antes de morir, la muñeca:
—Yo te quería más que nadie,
aunque decirlo no pudiera—.
Una vez, érase que se era . . .

Paquito y Juanita

Una vez vivía no lejos de un bosque un pobre leñador que tenía de su primer matrimonio dos hijos, llamados Paquito y Juanita. A duras penas podía vivir con lo poco que ganaba, y cuando sobrevino un año de hambre en la comarca llegó a faltarle el pan de cada día. Una noche que no podía dormir y no cesaba de dar vueltas en la cama, atormentado por sus tristes pensamientos, se puso a suspirar y dijo a su mujer:

—¿Qué será de nosotros? ¿Cómo alimentaremos a nuestros hijos si nosotros mismos no tenemos nada que comer?

—Escucha, marido mío—le contestó ella:—mañana muy temprano, los llevaremos a lo más espeso del bosque, les encenderemos un fuego y les daremos a cada uno un pedazo de pan. Entonces nos iremos a trabajar y los dejaremos solos, de modo que no podrán encontrar el camino, y nos veremos libres de su carga.

—No, mujer—replicó el marido;—no esperes que yo haga semejante cosa. ¿Cómo quieres que abandone a mis hijos en el bosque, donde las fieras no tardarían en destrozarlos?

—¡Qué tonto eres!—dijo ella.—Si no lo hacemos así, todos nos moriremos de hambre; ya nos puedes hacer las cajas.

Y no lo dejó en paz hasta que el hombre consintió, diciendo:

—¡Ah! ¡Cómo echaré de menos a mis hijos!

Los hermanitos como el hambre no los dejaba dormir, oyeron todo lo que dijo a su padre la madrastra. Juanita lloraba a lágrima viva, diciendo:

—¿Qué será de nosotros?

—No llores, Juanita—la consolaba el hermano.—Y no tengas miedo, que yo te ayudaré.

Así que el matrimonio se durmió, el niño saltó de la cama,

se puso la chaqueta, quitó la tranca de la puerta y salió afuera. La luna brillaba y las guijas que por allí había lucían como monedas de plata. Paquito se llenó de ellas los bolsillos, y volviendo al lado de su hermanita, le dijo:

—Tranquilízate, hermanita, y duerme en paz. Dios no nos abandonará.

Y esto diciendo, volvió a acostarse.

Antes de salir el sol la mujer fué a despertarlos:

—¡Hola! ¡A levantarse, perezosos, que hemos de ir al bosque a cortar leña!—Y dándoles un pedazo de pan les dijo—Aquí tenéis esto para comer. No os lo comáis antes de tiempo, porque no tendréis más.

Juanita se puso los dos pedazos de pan en la falda, porque Paquito tenía llenos de guijas los bolsillos, y emprendieron el camino. De trecho en trecho, Paquito se paraba y dirigía la vista a su casa, y como esto se repitiera con frecuencia, su padre le dijo:

—Paquito, qué miras tanto y ¿por qué te quedas atrás? Ten cuidado, no vayas a tropezar.

—Padre, miro mi gatito blanco que está en el tejado de casa y creo que me hace señales de despedida.

—¡Necio!—dijo la madrastra.—Aquello no es un gato, sino el sol que ilumina la chimenea blanca.

Pero, en realidad, Paquito no miraba el gato, sino que cada vez que se detenía dejaba caer al suelo una guija de su bolsillo.

Al llegar al centro del bosque, el padre les dijo que recogiesen leña, que él les encendería una hoguera, para que se calentasen. Paquito y Juanita recogieron un montón de ramas, a las que prendieron fuego y, cuando las llamas llegaron bien altas, dijo la madrastra:

—Ahora, hijos, estaos quietecitos junto al fuego y descansad, mientras vamos a cortar leña. Cuando hayamos de volver a casa, ya pasaremos a recogeros.

Paquito y Juanita se sentaron junto al fuego y a mediodía se comieron el pedazo de pan. Como les parecía oír el golpe de una destral, se figuraban que su padre estaba cerca; pero no se trataba de una destral, sino de una rama que había atada a un árbol seco y que al moverla el viento, daba golpes contra el tronco. Esperaron tanto, que al fin se les cerraron los ojos de cansancio y se durmieron. Cuando despertaron era de noche y Juanita empezó a llorar:

—¿Cómo saldremos del bosque?

Paquito procuró consolarla diciendo:

—Espera a que salga la luna, y entonces encontraremos el camino.

La luna no tardó en lucir, y Paquito, cogiendo a su hermanita de la mano, siguió las guijas, que brillaban como monedas de plata recién acuñadas y les iban mostrando el camino. Estuvieron toda la noche andando y al hacerse el día llegaron a casa de su padre. Llamaron a la puerta y cuando la mujer abrió y vió a Paquito y a Juanita, exclamó:

—¡Ah, tunantes! ¿Por qué habéis dormido tanto en el bosque? Creíamos que no ibais a volver más a casa.

Pero el padre estaba muy contento porque los había dejado en el bosque con el corazón dolorido.

Poco tiempo después, la sequía produjo una gran escasez en toda la tierra, y una noche los niños oyeron decir a su madrastra:

—Ya estamos otra vez en la miseria. Sólo nos queda media hogaza, y luego se acabó el cantar. Hemos de deshacernos de los chicos. Los internaremos aún más en el bosque para que no puedan encontrar el camino; no tenemos otro remedio.

Pero el padre sentíase apenado y dijo:

—Mejor sería partirnos con ellos el último mendrugo.

Pero su mujer no le hizo caso y continuó refunfuñando y recriminándole sin trazas de acabar nunca.

Quien dice A dice B, y quien consiente la primera vez ha de consentir también la segunda.

Pero los muchachos habían oído la conversación, porque estaban despiertos y cuando el matrimonio se durmió por fin, Paquito saltó de la cama, con el propósito de salir a recoger guijitas como la vez primera. Mas, la madrastra había cerrado la puerta con llave y no la pudo abrir. No obstante consoló a Juanita diciendo:

—No llores y duerme en paz. El buen Dios no nos abandonará.

Por la mañana temprano, la madrastra los sacó de la cama y les dió una rebanada de pan, aun más pequeña que la de la otra vez. Por el camino, Paquito la fué desmigajando en el bolsillo, y deteniéndose de trecho en trecho, dejaba caer al suelo una migaja.

—Paquito, ¿por qué te paras tanto a mirar? Ten cuidado, no vayas a tropezar.

—Estoy mirando mi palomito que me hace señas de despedida.

—¡Necio!—dijo la madrastra.—Aquello no es el palomo, sino el sol que ilumina la chimenea.

Pero Paquito siguió dejando caer migajas mientras andaba.

La madrastra llevó a los niños a lo más profundo del bosque, donde nunca habían estado, y después de encender una gran hoguera les dijo:

—Sentaos aquí y descansad, y cuando os canséis de estar sentados, podéis dormir un poco. Nosotros vamos al bosque a cortar leña, y al oscurecer, cuando volvamos a casa, vendremos a buscaros.

A mediodía, Juanita partió su pan con Paquito, quien había desmigajado el suyo por el camino. Luego se durmieron y al oscurecer nadie fué a buscarlos y no se despertaron hasta bien entrada la noche, en medio de una profunda oscuridad. Paquito consoló a su hermanita diciéndole:

—Ten paciencia, Juanita, hasta que salga la luna; entonces veremos las migajas que he dejado caer y ellas nos guiarán hasta casa.

Se levantó la luna y con ella los muchachos, pero no vieron por mucho que buscaron ni una migaja, porque los pajaritos del bosque se las habían comido. Paquito para animar a Juanita le decía:

—Pronto encontraremos el camino.

Pero no lo encontraron. Y caminaron toda la noche y el día siguiente, pero no pudieron salir del bosque, y empezaron a sentir hambre, porque sólo podían comer zarzamoras que encontraban por los matorrales. Por fin se cansaron tanto, que no pudiendo andar más, se dejaron caer debajo de un árbol y se quedaron dormidos.

Era el tercer día después de que salieron de casa de su padre, y siguieron andando; pero cuanto más andaban más dentro del bosque se metían, y Paquito pensaba que, si la providencia no venía pronto en su ayuda, morirían de hambre. A eso de mediodía vieron un hermoso pájaro, blanco como la nieve, en la rama de un árbol. Cantaba tan maravillosamente, que los niños se detuvieron a escucharle, extasiados. Luego desplegó las alas y se alejó volando. Los niños lo siguieron hasta que llegaron a una cabaña en cuyo tejado detuvo el pájaro su vuelo, y cuando los hermanos estuvieron cerca, notaron que la cabaña era toda de pan tierno y de tortas y que los cristales de la ventana eran de azúcar candi.

—Ahora sí que podremos darnos un atracón—dijo Paquito.—Yo voy a comerme un pedazo del techo, y tú puedes empezar por la ventana. ¡Verás qué rico es todo!

—Paquito se estiró cuanto pudo y arrancó un pedazo del techo, mientras Juanita se ponía de puntillas para probar la ventana, que encontró deliciosa. En seguida gritó desde adentro una voz suave:

—Cric, crac, cric, crac! ¿Quién rosiga a mi puerta?

A lo que contestaron los chicos.

—Es el viento, es el viento; el hijo del cielo.

Y siguieron comiendo sin parar.

Paquito notó que el techo tenía un sabor agradabilísimo y arrancó un buen pedazo, mientras que Juanita arrancaba de la ventana un trozo de azúcar, y los dos se sentaron a comer tranquilamente. Entonces se abrió la puerta y apareció una vieja muy vieja, que se apoyaba en unas muletas. Tanto se asustaron los pequeños, que dejaron caer lo que tenían en las manos; pero la vieja, moviendo la cabeza, dijo:

—¡Hola, queriditos! ¿Quién os ha traído aquí? Entrad, que me haréis compañía y nada malo os pasará.

Los cogió de las manos y se los llevó al interior de la cabaña, donde había una mesa con leche y bollos, azúcar, manzanas, nueces, y en un cuartito, dos camitas con sábanas limpias donde se acostaron los niños creyéndose en la misma gloria.

La vieja se portaba muy amablemente con ellos, pero en realidad era una bruja malvada que extraviaba a los niños y había construido su cabaña de pan tierno para atraerlos; pero cuando los tenía en sus garras los mataba, los cocía y se los comía con gran regocijo.

Las brujas tienen los ojos encarnados y no pueden ver muy lejos, pero poseen un olfato muy fino, como las fieras, que permite percibir a los niños cuando éstos se les acercan. Por eso, cuando Paquito y Juanita se acercaban a la cabaña, se río ella como una malvada, diciendo para sí:

—Ahí vienen dos que no se me escaparán.

Y al día siguiente, antes que los niños se despertasen llegó junto a las camitas y vió que dormían como dos angelitos, y murmuró para sí: «Serán un bocado exquisito». Entonces cogió en sus garras, armadas de largas uñas, a Paquito y lo encerró en una caja con puerta de listones atravesados, sin hacer caso de los berridos que lanzaba la pobre criatura. Luego despertó a Juanita a sacudidas y a gritos:

—Levántate, perezosa, y anda a buscar agua. Hay que cocer una buena comida para tu hermano, que no saldrá de esta jaula hasta que engorde. Cuando esté bien gordito me lo comeré.

Juanita prorrumpió en llanto, pero todo fué inutil, porque la vieja la obligó a hacer lo que quería. Y mientras a Paquito se le daba una buena comida, Juanita no recibía más que un mendrugo de pan.

Cada mañana se acercaba la vieja a la jaula y decía:

—Paquito, saca un dedito, que quiero ver si te pones gordito.

Pero Paquito le alargaba un hueso, y como la vieja tenía muy mala vista, creía que era el dedo, y se retiraba muy sorprendida de que el niño no engordase.

Al cabo de cuatro semanas, viendo que Paquito, a pesar de lo mucho que comía, continuaba tan flaco, perdió la paciencia y no quiso esperar más.

—¡Juanita!—gritó fuera de sí,—ve a buscar agua. ¡Pronto! Hoy mismo mataré y me comeré a Paquito, tanto si está gordo como flaco.

¡Señor! ¡Cómo lloraba la pobrecita al verse obligada a ir por agua! Sus mejillas eran dos torrentes de lágrimas.

—¡Dios mío, ayúdanos en este día!—exclamó.—Al menos las fieras del bosque nos hubiesen devorado a los dos.

Pero la vieja hechicera le gritó:

—No chilles así, que nada te ha de servir.

Y la pobrecilla no tuvo más remedio que ir a buscar agua y encender el fuego.

Pero antes hemos de hacer una cochura—advirtió la vieja.

—Ya tengo encendido el horno y amasado el pan.

Y esto diciendo empujó a la niña hacia el horno, por donde salían unas llamas enormes.

—Anda, entra a ver si está bastante caliente—dijo la bruja, —y entonces meteremos la masa.

Pero su intención era cerrar la puerta del horno cuando Juanita estuviese dentro, para que se cociese, y comérsela luego lo mismo que a Paquito.

Juanita adivinó sus intenciones y dijo:

—No sé como hacerlo. ¿Cómo se entra?

—¡Qué boba eres!—contestó la maldita vieja.—La puerta es bastante grande. ¡Mira, yo misma podría pasar!

Y para demostrarlo se levantó y metió la cabeza dentro del horno. Entonces Juanita le dió un empujón que la hizo caer dentro, cerró la puerta de hierro y la atrancó. ¡Oh! ¡Qué horrorosos aullidos lanzaba la bruja! Pero Juanita se apartó para no oírlos, dejando que la malvada vieja quemase hasta que de ella no quedaran más que cenizas.

Entonces corrió a sacar a Paquito de la jaula gritando:

—¡Paquito, nos hemos salvado! ¡La bruja está muerta!

Salió el chico de su encierro como un pájaro que halla abierta la jaula y se arrojó al cuello de su hermanita, besándose los dos en un transporte de alegría.

Y ya sin nada que temer, procedieron a registrar la vivienda

de la bruja, encontrando en cada rincón barriles llenos de perlas y piedras preciosas.

—Son más bonitas que guijas—decía Paquito al tiempo que se llenaba los bolsillos, mientras Juanita se llenaba el delantal, pensando:

—También quiero llevarme a casa algunos puñados.

—Ahora hemos de marcharnos—dijo Paquito—y salir de este bosque encantado.

Pero cuando hubieron andado dos horas llegaron ante un gran estanque.

—No podemos seguir adelante—dijo Paquito;—por más que miro no veo un puente.

—Tampoco yo veo ninguna barca—dijo Juanita,—pero ves ese pato blanco que está nadando por allá? Voy a rogarle que nos ayude.

Y se puso a cantar:

Patito, mi buen patito,
somos Juanita y Paquito.
No tenemos barca, ni tenemos puente.
Mis ruegos te pido que atiendas clemente:

Tú que tienes alas y sabes nadar,
a la otra orillita nos quieres pasar?

El pato se acercó a ellos y Paquito se sentó en su lomo, dejando puesto para que Juanita pudiera acomodarse detrás de él.

—No—dijo la niña.—Seríamos demasiada carga para el pato. Nos llevará una vez a cada uno.

Así lo hizo la buena ave, y cuando los niños llegaron a la orilla opuesta, al poco rato de andar encontraron un bosque que los dos conocían palmo a palmo y que atravesaron sin contratiempo, no tardando en distinguir su casita.

Entonces se echaron a correr y al llegar a casa se arrojaron al cuello de su padre. No había éste tenido un momento de tranquilidad desde que dejó a sus hijos en el bosque, y su mujer había muerto. Juanita sacudió su delantal y una lluvia de perlas y piedras preciosas se desparramó por el suelo, y Paquito las sacaba de los bolsillos a puñados.

Se acabaron sus penas y sus miserias y los tres vivieron felices en adelante.

Mi cuento se acabó. Allí corre un ratón: aquel que me lo coja, que le arranque la piel y se haga un capuchón.

Grim.

ADIVINANZAS

1

Capilla sobre capilla,
capilla del mismo paño,
como yo no te lo diga
no lo aciertas en el año.

2

En Granada hay un convento,
y más de mil monjas dentro,
con hábito colorado,
cien me como de un bocado.

3

Una arquita blanca como la cal
que todos pueden abrir y nadie cerrar.

4

Dos madres y tres hijas
van con tres mantos a misa.

EL CRISTO NIÑO

Pintado por Ittenbach

Romance de la Niña Negra

Luis Cané

I

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en la puerta de su casa
estaba la niña negra.

Un erguido moño blanco
decoraba su cabeza;
collares de cuentas rojas
al cuello le daban vueltas.

Las otras niñas del barrio
jugaban en la vereda:
las otras niñas del barrio
nunca jugaban con ella.

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en un silencio sin lágrimas
lloraba la niña negra.

II

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en su féretro de pino
reposa la niña negra.

A la presencia de Dios,
un ángel blanco la lleva;
la niña negra no sabe
si ha de estar triste o contenta.

Dios la mira dulcemente,
le acaricia la cabeza
y un lindo par de alas blancas
a sus espaldas sujeta.

Los dientes de mazamorra
brillan a la niña negra.
Dios llama a todos los ángeles,
y dice: ¡Jugad con ella!

Cuál fué el origen de la tierra en que vivimos?

Algunos científicos encuentran posible que el sistema Solar y en él, la Tierra, tuvieran origen en un fragmento desprendido del Sol.

¿Qué le ocurrió a la Tierra después de que se desprendió del Sol?

La ciencia viene en nuestro auxilio y podemos contestar a la pregunta.

La Tierra fué entonces, una masa incandescente que giró en el espacio por tiempos y tiempos. Girando, girando, perdió calor y comenzó a enfriarse. De una bola de gases ardientes se transformó en una bola de fuego líquido hirviente en la superficie. Gradualmente se enfrió cada vez más y la superficie se solidificó en capa rocosa. Los vapores calientísimos que se levantaron se encontraron con un espacio más frío y se condensaron en densa atmósfera de espesas y negras nubes. Y esas nubes flotaron alrededor de la Tierra y la envolvieron por miles de años en un vapor ardiente. Pasó mucho, mucho tiempo, y la Tierra continuaba enfriándose. Llego el momento, cuando la Tierra estuvo más fría en que las nubes se condensaron y cayeron en torrentes. Este diluvio la convirtió en un mundo desolado, cubierto por un mar de agua, y entonces, todo era oscuridad.

Poco a poco las aguas fueron cayendo de los cielos, las nubes aparecieron menos espesas, y una luz gris iluminó la Tierra; era la primera luz que la alumbraba. Más tarde las nubes fueron desapareciendo y los días se hicieron luminosos.

Y todavía la Tierra seguía perdiendo calor. La parte exterior se enfrió más rápidamente, la corteza se rompió en diferentes partes dando paso a gases que se encontraban aprisionados en su interior. Con frecuencia hubo terribles erupciones, grandes terremotos, enormes surtidores de lava ardiente se levantaron iluminando los cielos.

Y así pasaron miles de años, con terribles tormentas en el océano y temblores y erupciones volcánicas. Como resultado, se levantaron las primeras montañas y aparecieron tierras que formaron más tarde los continentes.

Se sucedían épocas de conmociones y de calma.

Y pasó mucho tiempo, y la Tierra aparecía ahora con grandes masas de tierras separadas por vastos océanos. Terribles vientos soplaban sobre las olas que a su vez golpeaban las costas. Las grandes lluvias caían sobre los valles y en las montañas, y fluían en torrentes al mar. Y entonces no había ni un árbol, ni una simple hierba, sólo rocas, aguas y arenas. Las fuerzas del calor, del viento y del agua

transformaron las tierras por millares de años y moldearon la superficie. Y en esos tiempos se levantaron montañas y se hundieron montañas, los ríos cambiaron de curso, las líneas de las costas variaron, hasta que con el transcurso del tiempo la Tierra llegó a ser semejante a lo que es hoy, con sus océanos y continentes, sus altas montañas y ríos, lagos, valles y llanuras.

Se acercaba el momento propicio; ya la Tierra ofrecía las condiciones para que en ella se desarrollaran seres vivos.

Celebramos la publicación del segundo tomo de la revista infantil "Farolito" que se inicia con este número, ofreciendo a los niños un

CONCURSO DE DIBUJOS Y COMPOSICIONES
EN PROSA O VERSO

5 PREMIOS DE ₡ 10.00 CADA UNO
PARA LOS CINCO MEJORES TRABAJOS.

25 OBSEQUIOS PARA RIFAR ENTRE LOS NIÑOS
NO FAVORECIDOS CON LOS PREMIOS

Los trabajos deben ser originales, hechos sin la colaboración de los padres o maestros.

Para las composiciones y dibujos pueden elegir motivos relacionados con el hogar, la escuela, la naturaleza o la comunidad.

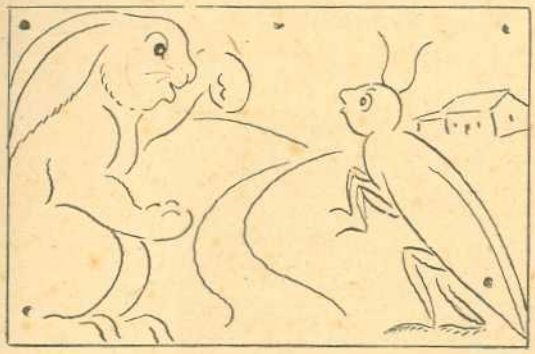
EL CONCURSO se inicia el 1° de Abril y termina el 15 de Mayo.
Los trabajos se enviarán a la siguiente dirección:

Srta. MARIA CRISTINA MARTINEZ.

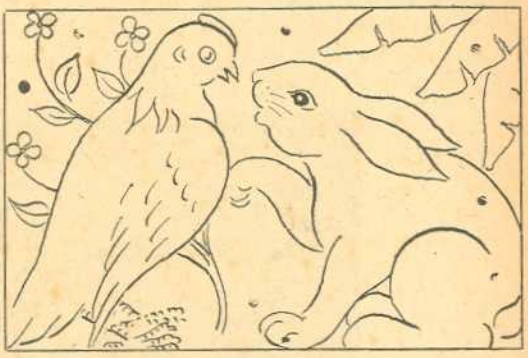
Administración Revista "Farolito".

Heredia.

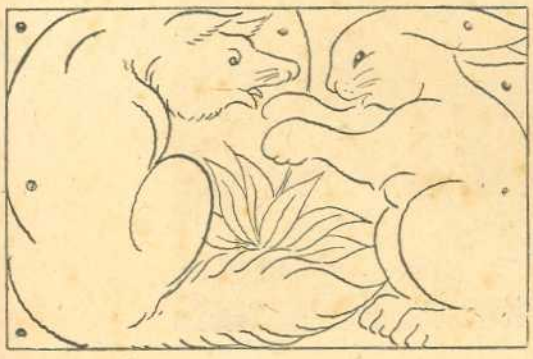
Tío Conejo Comerciante



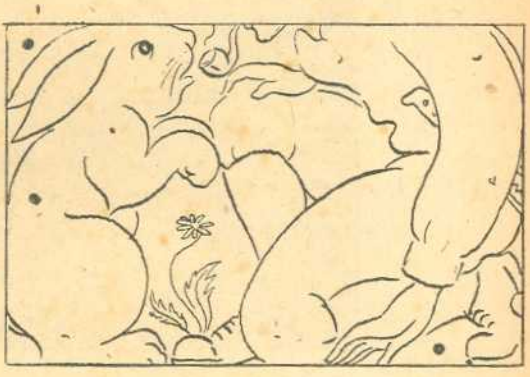
Tío Conejo, comerciante,
a Tía Cucaracha ofrece
sacos de arroz y frijoles
que baratísimos vende.
Trata la Tía Cucaracha:
irá el sábado que viene.



Va donde Tía Gallina:
—"¡Tía Gallina, le conviene
vea que regalados doy
dos sacos hasta el copete!".



Y la inocente Tía Zorra
deja que el cuento le cuente . .
¡Ya por tres veces, lo mismo
a "sus amigos" ofrece!
Pero, a ver . . que todavía
sigue buscando otro cliente.



Este otro es Tío Cazador
—que cree que no hay quien lo enrede—
Queda de ir por los sacos,
como los otros, con bueyes,
con bueyes y con carreta
irá el sábado que viene.

(Continuará).

MELVIN MENA, VI Grado

Escuela Cleto González Víquez - Heredia, 1951

Atenea 53087